

# 1

## SHE WORKS HARD FOR THE MONEY

—La respuesta es no, Chloe —rezongó una vez más su jefe con voz cansada—. Se acabaron las oportunidades.

—Pero ¿por qué? Escucha, Big, te aseguro que si me das algo más de tiempo podríamos remontar, aumentar los datos de audiencia y...

Big Joe alzó una mano para indicarle que ya había oído suficiente. Reclinado sobre el respaldo del asiento de cuero negro en el que permanecía sentado, con los brazos rodeando un prominente estómago que la chaqueta del traje no lograba disimular, su jefe no necesitó pronunciar una sola palabra para que Chloe captara el mensaje: la decisión estaba tomada. Su programa podía considerarse un desastre, un fiasco. Todo estaba acabado. *Caput*. En definitiva, había sido cancelado.

Frente a ella se encontraba todo el equipo directivo de la cadena SFE y el resto de sus compañeros productores. Estos últimos la miraban como si quisieran asesinarla por haberlos convencido para que invirtieran su dinero en un proyecto que apenas había durado un par de meses en antena. Ninguno de los presentes tenía la más mínima intención de mostrar compasión por ella. Ni siquiera un poquito.

Tal vez apostar por un programa en el que una adorable ancianita elaboraba platos de la cocina tradicional americana mientras relataba sus batallitas de juventud no fue tan buena idea después de todo. Chloe estaba segura de que si el brillante Robin Williams no hubiera dejado el mundo de los vivos, habría llegado a ser un excelente presentador para *Cocina con la abuelita*, caracterizado como la adorable señora Doubtfire. «¿Cuándo inventarán los viajes al más allá?», se preguntaba Chloe.

Esta vez había creído de verdad que su idea era buena, original. Solo que, nuevamente, la suerte no estuvo de su lado. Empezaba a pensar que estaba gafada o que trabajar en la televisión no era lo suyo. Ya se lo había advertido su horóscopo esa mañana:

*«Cáncer: Mal día para los negocios. Si estás en una relación, prepárate para recibir una noticia inesperada. Si no, deberías considerar la idea de abrir puertas al amor. Precaución si sales de casa».*

El horóscopo nunca fallaba, ni tampoco su carta astral, según parecía. Chloe no entendía por qué no hizo caso a lo que decía su signo. Había acertado al cien por cien en lo que a su destino laboral se refería. Al menos debía dar gracias por no tener una pareja que perder también; de lo contrario, podía llegar a albergar la impresión de que su vida estaba acabada. ¿Es que no servía para nada?

«Maldito viernes 13», pensó mientras mentalmente se lamía las heridas de su magullado orgullo.

—Estaba convencida de que funcionaría —farfulló, mientras se dejaba caer en una silla cercana.

Había permanecido de pie mientras defendía su idea con uñas y dientes, pero ahora que los grandes jefes le acababan de confirmar su negativa a renovar el programa, a Chloe le fallaron las fuerzas.

Echándose hacia delante, Big Joe le dio unas compasivas palmaditas en las manos. El hombre debía de llevar en la cadena desde el Pleistoceno, o, lo que es lo mismo, desde su fundación. Su espesa mata de pelo cano y las pronunciadas arrugas que marcaban su rostro le otorgaban el poder de hacer y decir cuanto se le antojara, y eso incluía la potestad de decidir qué programas continuaban en antena y cuáles eran cancelados; sin embargo, la mirada que le dedicó estaba cargada de ternura, y Chloe entendió que trataba de reconfortarla.

—Nosotros también lo creímos —anunció el anciano, con una tímida sonrisa—. Posees un extraordinario poder de convicción, querida. Pero en esta profesión eso no es suficiente.

Chloe asintió con la cabeza, sin saber qué más decir. Aquel era el tercer proyecto con el que se lanzaba como cabecilla del equipo de producción —aunque, técnicamente, el dinero lo pusieran otros— y el segundo que era cancelado prematuramente. La idea de que estaba gafada empezaba a tomar forma en su cabeza.

¿Qué había de malo en ella? Últimamente todo le salía mal: el trabajo, las parejas... ¡Suerte que no tenía mascota! Dado que las plantas se le morían a la semana de haberlas adquirido, no quería ni imaginar lo que podría pasarle a un tierno cachorrito.

De vuelta en su pequeño despacho, Chloe no hacía otra cosa que pensar en su penosa existencia. Se acercaba peligrosamente a la mitad de la treintena y se sentía una absoluta fracasada en la vida. Cuando se marchó de su Colorado natal rumbo a Los Ángeles, decidida como estaba a triunfar en la meca del espectáculo, no sospechaba que iba a resultarle tan duro. Como contrapunto, debía admitir que el hecho de que casi una década atrás una cadena como la SFE hubiera contratado a una joven novata como ella fue toda una suerte. Pero ahí acababa su buena fortuna, se dijo.

Ilusa e inexperta como era entonces, Chloe incluso había cambiado su aspecto físico en consideración para con su nuevo trabajo. La chica de *look* desenfadado de Denver quedó atrás para dar paso a una mujer segura de sí misma enfundada en ajustados vestidos y trajes de chaqueta que marcaban sus curvas, subida además a unos altísimos tacones de aguja. Era una mujer americana con estilo, una mujer con las ideas claras, una...

—Una fracasada —se dijo a sí misma en un resoplido.

Lo más importante ahora era encontrarles una solución a sus problemas. Buscar una idea original que resultara un éxito en pantalla y hacer que el público no pudiera vivir sin su programa. Algo novedoso que se convirtiera en un auténtico bombazo televisivo.

—O tal vez apostar por lo seguro...

Dejándose caer sobre el pequeño e incómodo sofá *made in* una multinacional sueca que estaba colocado en un lateral del despacho, la mente de Chloe comenzó a elaborar un gráfico de audiencias centrado en los intereses de los espectadores. Agitando los pies en el aire hasta lograr quitarse los zapatos, llegó a la conclusión de que lo más fiable sería encargarse un sondeo externo que diera la oportunidad al público para expresar sus preferencias. No podía volver a fallar, Chloe lo sabía. Y sobre todo: no podía permitirse volver a casa con el rabo entre las piernas.

Al mirar por la ventana le sorprendió ver la intensidad con la que se mecían las copas de los árboles y las altísimas palmeras bajo la potencia de las fuertes rachas de viento de las corrientes del Santa Ana. A pesar de que la primavera apenas había comenzado, la famosa ventisca californiana se resistía a marcharse. Llevaba en Los Ángeles algo menos de diez años, y aunque a veces echaba de menos a su fa-

milia y a su grupo de amigas, Chloe no se imaginaba viviendo en otro lugar. Era una ciudad alucinante, donde el sol brillaba incluso en Nochebuena, que ofrecía la posibilidad de disfrutar de una tranquila jornada bronceándose en una de sus playas al mismo tiempo que contaba con los clubs nocturnos más exclusivos donde no era difícil encontrar al último actor de moda. Y tal vez, con un poco de suerte, puede que incluso ligar con él.

No era el caso de Chloe. No, ella era una soltera empedernida y una...

—Una fracasada —masculló de nuevo. Le molestaba oír esa palabra, pero aquel día no podía evitar repetirla una y otra vez en voz alta—. Una estúpida soltera fracasada de treinta y tres años.

¿Qué había de malo en ella? Cuando se miraba al espejo veía a una chica atractiva que no necesitaba estar en los huesos para sentirse bonita. Su piel era tan clara que por más horas que pasara en la playa tratando de broncearse tan solo conseguía subir del color «Casper, el fantasma» al tono «Morticia Adams», y ese era todo el nivel de moreno que podía conseguir; tenía curvas en los sitios necesarios y un pecho tamaño estándar que aún permanecía en su sitio, y se le formaban hoyuelos en ambas mejillas cuando sonreía. En el pasado aquello había atraído la atención de un buen puñado de hombres, pero ahora... El género masculino huía de ella. Chloe estaba segura de que adivinaban que en unos meses estaría un paso más cerca de abandonar la treintena, a pesar de que aún le faltaban unos años para que aquello sucediera. Sabían que estaba convirtiéndose en una mujer madura, soltera y sin expectativas de compartir su vida con alguien.

—Debería salir más —se dijo. Incorporándose en el sofá, utilizó la goma que llevaba en la muñeca para recogerse la larga melena rubia en una coleta alta—. O a lo mejor no. No sé —resopló—. A los tíos no les gustan las mujeres desesperadas, y eso es justo lo que voy a parecer si me voy de caza.

Se reprendió a sí misma por haber pronunciado en voz alta ese comentario. Odiaba a los hombres que se sentían superiores a las mujeres y no dudaban en alardear de su supremacía sobre el género femenino. Por esa razón tampoco le parecía correcto hablar de los chicos como si fueran objetos. Aunque al mismo tiempo se sentía

en pleno derecho de alabar la belleza masculina. Ellos lo hacían todo el rato; ¿por qué una chica no podía expresar en voz alta lo que pensaba cuando veía a un tío bueno?

—¡Por Dios, Chloe! Para de divagar de una vez y ponte a trabajar.

Su anterior pareja, la que ella creyó que sería el gran amor de su vida, el padre de sus hijos y la persona con la que se convertiría en anciana, solía decirle que les daba demasiadas vueltas a las cosas, y se quejaba cuando la sorprendía hablando sola. Chloe pensó que sus reproches no eran más que pequeñas bromas sin malicia, algo normal en una pareja. Pero un día el sexo comenzó a escasear —aunque tampoco había sido muy abundante durante los tres años que pasaron juntos—, y la idea del matrimonio dejó de parecerle atractiva a Michael.

Chloe llegó a la conclusión de que sus respectivos trabajos tenían a ambos tan absorbidos que les resultaba muy difícil encontrar hueco para buscar una nueva casa y planificar una boda.

Y entonces ocurrió. Aquello que Chloe jamás hubiera imaginado, ni siquiera en sus peores pesadillas.

—Quiero dejarlo, Chloe —le había dicho Mike mientras cenaban en su restaurante favorito, después de que él le hubiera regalado flores—. No puedo soportar esta situación durante más tiempo.

Chloe se quedó boquiabierta, sin saber qué decir mientras de su tenedor colgaba una solitaria gamba a medio camino de su boca. Una pareja pasó junto a su mesa siguiendo al camarero y Chloe quiso hundirse en el asiento cuando vio al mismísimo Scott Eastwood lanzándole una mirada compasiva antes de continuar su camino.

—Chloe, ¿me estás escuchando? Acabo de decirte que quiero terminar con lo nuestro.

Colocando el tenedor en su plato, Chloe cogió la copa de vino blanco con mano temblorosa y se la acabó de un solo trago intentando reunir fuerzas antes de hablar.

—Te he oído —logró decir apenas con un hilo de voz—. Pero... ¿por qué?

Los hombros de Mike se hundieron tras lanzar al aire un profundo suspiro. El remolino de pelo castaño que se le formaba en la frente revoloteó sobre sus ojos. Se le veía abatido, casi culpable... ¡¿Por qué demonios le estaba partiendo el corazón entonces?!

—Yo... *creo* que voy a casarme, Chloe —confesó.

«Rebobina y dale al *stop*», le aconsejó su subconsciente. Probablemente le hubieran servido comida en mal estado y ahora estuviera teniendo alucinaciones. Su novio, aquel con el que había compartido casi cuatro años de su vida, no podía estar confesándole que estaba prometido a otra persona. «*Casi* prometido», se corrigió. O al menos eso era lo que decía Michael.

Era un sinsentido. Ella y Mike habían hablado varias veces acerca del matrimonio, y Chloe estaba segura de que antes o después terminarían por darse el «sí, quiero». Ella trabajaba mucho cada día para lograr que la tomaran en serio en la cadena, y Mike se pasaba noches enteras haciendo horas extras en el bufete para conseguir que su jefe, George W. Jefferson, hijo, lo convirtiera en uno de sus socios y...

Entonces, como si de una iluminación divina se tratara, Chloe lo tuvo claro. «Sarah», se dijo. El mandamás del bufete tenía una hija llamada Sarah que acababa de salir de la facultad de Derecho, y hasta donde Chloe sabía, su padre la había contratado unos cuantos meses atrás para que aprendiera el oficio en el equipo de Mike. Al mirar al que hasta ahora había creído que era el hombre de su vida, Chloe vio la culpa y la vergüenza reflejadas en sus ojos. ¡Qué inteligente por su parte ligarse a la hija del jefe! Si hubieran estado jugando al juego de los barquitos, Chloe podía haberse considerado tocada y hundida. Su novio no solo la estaba abandonando, sino que además lo hacía por otra.

—¿Qu... qué? —balbució. De repente no podía despegar la lengua del paladar.

—Sé que ha sido muy injusto por mi parte no decírtelo hasta ahora —empezó a explicarse Mike—. De verdad que lo siento, Chloe. No lo pensé, yo solo... Sarah estaba ahí y yo...

—Aprovechaste la oportunidad, por supuesto —explotó ella, dando un golpe sobre la mesa con ambas manos al tiempo que se ponía en pie. Los comensales a su alrededor se quedaron congelados en sus asientos, con la mirada clavada sobre ellos—. ¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Te casas con ella para conseguir ser socio en el bufete? ¡Por Dios, Michael! ¡Hemos estado juntos más de tres años! ¿Cuándo ibas a decírmelo? ¿Pensabas esperar y proponerme ser su dama de honor al mismo tiempo?

Su novio... —«mi *exnovio*», volvió a corregirse— se pasó una mano por la cabeza en un gesto nervioso. Si había pensado que por estar en un restaurante repleto de desconocidos ella no iba a montar una escena, no pudo estar más equivocado.

—Te lo estoy diciendo ahora, Chloe —protestó—. ¿Podrías calmarte, por favor? Siéntate para que podamos hablar como personas civilizadas.

—¡Y una mierda! —estalló Chloe—. Enhorabuena, Mike. Si has esperado tres años para destrozarme la vida, puedes darte por satisfecho. Lo has conseguido.

Todavía ahora, dos años después de aquello, Chloe era incapaz de recordar cómo había logrado llegar hasta su apartamento situado en un edificio altísimo y —casi— elitista del centro de Los Ángeles. Las lágrimas contenidas apenas le dejaban ver el camino. Lo último que sabía era que había entrado en un supermercado cercano para comprar un montón de dulces y paquetes de ganchitos y patatas fritas que más tarde se comió tumbada en la cama mientras se deshacía en llanto.

Así estaban las cosas desde entonces.

Podía decirse que había acabado por convertirse en una patética treintañera solterona y perdedora. No necesitaba a nadie que le dijera todas esas cosas; ella misma se bastaba para flagelarse.

Tras la ruptura con Mike, Chloe se apoyó en su madre. Susan jamás la había juzgado; fue atenta, comprensiva y cariñosa con ella, pero empezaba a preocuparle la falta de vida social de su hija. En cierta ocasión le propuso la idea de que tal vez las parejas y amigos de sus hermanos conocieran a un buen chico soltero que pudiera interesarse en ella. Nada más escuchar la propuesta de su madre, Chloe montó en cólera.

—No estoy tan desesperada, mamá —se quejó—. ¿Te han dicho algo Sean y Molly? Porque, si es así, juro que voy a...

—Tus hermanos no me han dicho nada —la interrumpió Susan, evitando así que Chloe se exaltara aún más—. Era solo una sugerencia.

Chloe no quería ser tan dura con su madre, pero el hecho de recurrir a sus hermanos para encontrar pareja le ponía los pelos de punta. Sean era un buen chico que trabajaba para una empresa

como creador de videojuegos. A pesar de sus extraños TOC, como el de comer patatas fritas de dos en dos y nunca en cifra impar o el de encender y apagar las luces varias veces seguidas, su hermano vivía feliz en San Francisco junto a su novia. Molly, en cambio, era el cerebritito de la familia. Con un pie en casa de sus padres y otro en Canadá, Molly pensaba mudarse próximamente al país vecino para ejercer como traductora de textos en lengua francesa en una importante editorial. Era lista y guapa, y le esperaba un futuro prometedor; nadie en su familia dudaba de ello.

Sinceramente, Chloe no creía que pudiera encontrar al amor de su vida entre las amistades de sus hermanos.

El estridente sonido de su teléfono anunciando una llamada entrante la sacó de la espiral de pensamientos autodestructivos en la que se había sumido. Como siempre el móvil se encontraba al fondo de su bolso, enterrado bajo la cartera, la agenda, una caja de analgésicos y un neceser con maquillaje y artículos de aseo, porque una nunca sabe dónde puede poner las manos.

Al mirar la pantalla, Chloe puso los ojos en blanco al ver el nombre y la fotografía que aparecían en ella.

—¿Puedo llamarte después? —fue su respuesta nada más descolgar—. No te imaginas lo ocupada que estoy esta mañana, y...

—¡Ni de coña vas a colgarme! —le gritó la voz de Sienna al otro lado—. ¿Ya se te ha olvidado qué día es? ¡Hoy es mi despedida de soltera!

Chloe resopló y se dedicó a caminar por el despacho mientras escuchaba los agudos grititos de su mejor amiga. Por supuesto que no se había olvidado del día que era, como tampoco de la dichosa despedida.

Sienna había sido su mejor amiga desde el parvulario, cuando la maestra las obligó a sentarse juntas como castigo después de que las sorprendiera cortándose el pelo mutuamente utilizando unas tijeras para manualidades. Al final resultó que tenían más en común que las diferencias que las separaban, que no eran tantas según fueron pasando los años. Cuando era una niña, Chloe llevaba el pelo tan corto que se avergonzaba cada vez que alguien la confundía con un chico. Una mañana, Sienna la encontró llorando en un rincón del colegio; sintiendo lástima por su nueva amiga, le ofreció

prestarle parte de su pelo y, sin dudarle un segundo, las dos entraron en clase y cogieron unas tijeras, y ahí fue donde comenzó su primera sesión de peluquería. El resultado: la larga melena castaña de Sienna quedó llena de trasquilones mientras que la cabeza rubia de Chloe quedó repleta de mechones marrones sujetos con varios clips. Se parecían tanto como un huevo a una castaña; mientras que los ojos de Chloe eran de un azul celeste, los de Sienna contrastaban con el color de una almendra tostada. Además, ni siquiera pertenecían al mismo círculo social, puesto que aunque el padre de Chloe tenía un modesto y nada despreciable puesto como bombero y su madre era ama de casa, los padres de Sienna pertenecían a la alta sociedad de Denver, ya que su padre era un reputado cirujano y su madre colaboraba con la asociación Damas para la Caridad. Ambas venían de mundos completamente diferentes y, contra todo pronóstico, habían acabado convirtiéndose en amigas.

Cuando Chloe se marchó a Los Ángeles, Sienna comenzó a trabajar como asesora en una tienda de vestidos de novia, y fue precisamente en su trabajo donde conoció a Robert, su prometido. Rob era operador de cámara para un programa de televisión en el que las novias acudían a diversas *boutiques* en busca del vestido de sus sueños. El flechazo entre Sienna y Rob fue instantáneo, y a pesar de que apenas llevaban un año saliendo y la carta astral de ambos les otorgaba una compatibilidad del noventa por ciento, había algo en el prometido de su amiga que a Chloe no le terminaba de gustar.

Sin embargo ahí estaban, a punto de casarse. Y aunque aún faltaba poco más de dos meses para la boda, Sienna no quería esperar más para celebrar su despedida de soltera.

—¿Me estás escuchando, Chloe? ¿Hola? —Chloe tuvo que apartarse el teléfono de la oreja cuando Sienna comenzó a aporrear el auricular contra... algo.

—Estoy aquí —le aseguró—. Claro que no he olvidado que hoy es la dichosa fiesta.

—Esa *dichosa* fiesta es MI fiesta. Oh, venga, Chloe. Sé que estás pasando una mala racha, pero ¿no puedes hacer un pequeño esfuerzo? ¿Por mí?

Chloe suspiró.

—Claro que puedo. Y me alegro de que Rob y tú vayáis a casa-ros, pero es que toda la parafernalia que han montado las chicas me parece excesiva.

—¿Te parece excesiva una fiesta en un hotel de lujo donde estarán todas tus amigas, habrá música, alcohol y un montón de tíos buenos con poca ropa bailando solo para nosotras?

Chloe estaba segura de que su amiga había levantado una de sus bonitas cejas y estaba mirando a la nada con un gesto de «¿Me estás vacilando?»

—Ya sabes a lo que me refiero.

—¡Chloe! —le gritó Sienna—. No te comportes como un bicho raro y empieza a disfrutar un poco. Lo de Mike fue hace más de dos años, cariño. Ya es hora de que salgas un poco. Si es con chicos, casi que mejor.

—No me interesa.

Desde el otro lado le llegó un largo bufido muy poco femenino.

—Sí que te interesa, lo que pasa es que te has convencido de que no es así.

—¿Sabes qué? No me apetece seguir hablando sobre esto.

—Oh, claro que no te apetece, pero a mí tampoco me apetece dejarlo correr. Así que mueve tu bonito culo fruto de horas y horas de gimnasio y ven a mi despedida.

Recogiendo el contenido de su bolso, que había quedado esparcido sobre el escritorio, Chloe comprobó que tenía los billetes.

—Mi vuelo sale en un par de horas. Para tu eterna alegría, me complace comunicarte que estaré ahí a tiempo.

—Por supuesto —se rio Sienna—. La superproductora no podía viajar en tren, ¡menuda pérdida de tiempo!

Las dos rompieron a reír. Sienna era tan sincera que a veces a Chloe le daban ganas de estrangularla, pero sabía que su mejor amiga quería lo mejor para ella. No podía culparla por decirle lo que pensaba en cada momento.

—Te veo esta noche, y espero que seas el pibonazo que se ligue a uno de los bailarines.

Chloe soltó una carcajada.

—Ni lo sueñes. Te quiero.

—Y yo a ti, *bitch*.

## 2

### LADIES' NIGHT

—¿Quieres hacer el favor de pegarme un tiro?

Chloe lanzó a Vera, una de las muchas amigas invitadas a la fiesta, una mirada cargada de desesperación.

Debido a las fortísimas rachas de viento que el Santa Ana dejaba a su paso por California, el vuelo de Chloe se había retrasado, y la había hecho aterrizar un par de horas más tarde de lo esperado, por lo que fue la última en aparecer en uno de los salones del Art Hotel, el lugar que Sienna había elegido para celebrar su despedida de soltera. Con aquel imprevisto, a Chloe no le quedó más remedio que cambiarse de ropa a toda velocidad en los servicios del aeropuerto, y ni siquiera así consiguió llegar a tiempo a la cita. Ahora, mientras contemplaba cómo todas sus amigas de la infancia cantaban a coro una de las canciones más famosas de las Spice Girls y movían sus cabezas al ritmo de la música, provocando así que se mecieran los pequeños penes fluorescentes que llevaban en unas diademas, Chloe deseó que su avión hubiera permanecido en tierra.

Visto desde fuera, podía parecer que Chloe se había convertido en una pija y una estirada desde que vivía en Los Ángeles, pero se trataba de la despedida de soltera de su mejor amiga, por el amor de Dios. ¡Las chicas no podían estar disputándose en serio quién interpretaría el papel de Victoria Beckham! No se consideraba una mujer aburrída, pero tampoco veía necesidad de comportarse como un grupo de mujeres gritonas y desesperadas.

Sentada a su lado en uno de los taburetes de la barra, Vera se encogió de hombros y alzó su copa de champán rosado para darle un buen trago.

—Vamos, Chloe —exclamó—. ¡Es divertido! Mira lo bien que se lo están pasando todas.

¿Divertido? Chloe puso los ojos en blanco. ¡Era un espectáculo bochornoso! Todas las allí presentes tenían al menos treinta años,

se suponía que estaban celebrando el fin de la soltería de una de las chicas; entonces, ¿a quién se le había ocurrido organizar una fiesta basada en la infancia que tuvieron entre los 80 y los 90? Llevaban penes en la cabeza, estaban bebiendo cócteles de colores adornados con sombrillitas tropicales y a Sienna le habían colocado una banda que rezaba «LA NOVIA MÁS SEXY», una corona con plumas rosa y un pequeño velo incorporado. Era oficial: acababan de cumplir con todos los requisitos del típico tópico de las despedidas de solteras.

«Y tú te estás convirtiendo en una amargada aguafiestas», la provocó su subconsciente. Lo peor era que probablemente estuviera en lo cierto.

Aun así, debía reconocer que era divertido ver cómo la pandilla volvía a reunirse. Sin contar con ella y con Sienna, todas las demás estaban casadas; algunas tenían hijos y otras estaban a punto de convertirse en madres. A pesar de todo, Chloe se descubrió sonriendo al contemplar cómo Rachel y su abultada tripa de siete meses se movían al son de la música, disfrutando sin ningún tipo de complejos.

Pensó que debía empezar a prestar más atención a Vera. Solo tenía que aflojar un poco e intentar relajarse para contribuir con su granito de arena a que Sienna disfrutara de la fiesta de sus sueños. ¡Todo por las amigas! Ese sería su lema a partir de entonces. Era consciente de que había llegado el momento de recuperar a la antigua Chloe.

La música cambió de repente, y desde los altavoces les llegó el pegadizo son de Ricky Martin cantándole a la vida loca en inglés.

—¡Chloe, ven aquí!

La aludida irguió la espalda y levantó la cabeza tanto como pudo para ver que Sienna, en mitad de un corrillo de risas histriónicas, le hacía aspavientos con las manos indicándole que se acercara.

—¿Se han vuelto locas? —le preguntó a Vera mientras se ponía en pie sobre sus altísimos zapatos de tacón y se recolocaba la ropa.

Para aquella noche había elegido un vestido ajustado de color azul eléctrico y escote bajo y cuadrado que llevaba un par de siglos guardado en el fondo del armario. Recordaba habérselo comprado en una tienda de Beverly Hills llevada por un impulso que aún no

lograba comprender. Ahora que lo pensaba, tenía la falda tan corta y se ceñía tanto a sus caderas que le quedó claro por qué nunca llegó a ponérselo. Hasta esa noche. Sienna le había dicho que quería ver a una Chloe diferente, y aunque ella dudaba de poder contentarla, al menos, que su amiga notara que lo estaba intentando de verdad.

—Creo que están repartiendo el resto de las bandas —le informó Vera, mientras saltaba del taburete—. Vamos a por las nuestras.

El resto de las chicas llevaban sobre el pecho unas cintas rosa en las que podía leerse «AMIGA DE LA NOVIA». Rachel lucía con orgullo la suya, en la que incluso aparecía un pequeño bebé regordete y calvo. Pero cuando le colocaron la banda a Chloe, esta destacaba por su color amarillo chillón que decía «LA SANTURRONA».

Las mejillas se le encendieron, mitad por enfado y mitad por vergüenza, pero los focos multicolores que iluminaban la sala provocaron que se le tornaran de todos los tonos del arcoíris.

—¿Estáis de coña?! —exclamó—. ¡Sienna! ¿Cómo me haces esto?

Su amiga estalló en carcajadas, al igual que el resto de las chicas. Con un par de copas de champán en ambas manos, Sienna se acercó hasta ella bailando al son de la música.

—¡Es una señal! —gritó para lograr que la oyeran.

—¿Una señal? —Chloe aceptó la copa que su amiga le tendía—.

Una señal son las del zodiaco o la de las cartas del tarot o...

Extendiendo un brazo, Sienna colocó una mano sobre la boca de Chloe.

—¡Calla de una vez! Es una señal para que te sueltes la melena. Cielo, es mi despedida de soltera, y me prometiste que lo intentarías.

—Y lo hago —le aseguró Chloe, que empezaba a sentirse un poco culpable—. Me lo estoy pasando bien, de verdad.

—Pues finge un poco mejor. Déjame ver a la Chloe desenfrenada que llevas dentro.

De forma inesperada, la música dejó de sonar, la luz se apagó y las chicas se vieron sumidas en la más absoluta oscuridad. Unos agudos grititos, mezcla de susto y sorpresa, resonaron en la estancia. Después de eso todo el mundo enmudeció.

«Es imposible que hayan saltado los plomos», pensó Chloe.. Estaban en uno de los hoteles más modernos y mejor preparados de Denver. No podía haberse ido la luz. No podía...

Una grave voz masculina les llegó desde alguna parte, amplificada por la potencia de unos altavoces.

—Señoras y señoritas —anunció alguien al micrófono—. La dirección del hotel desea hacer de esta una noche inolvidable para todas las presentes. Así que pónganse cómodas, porque ninguna clienta va a quedar insatisfecha esta noche.

La voz rasgada y sensual desapareció de pronto para dejar paso a un silencio que apenas duró unos instantes.

Los primeros acordes de la canción fueron ahogados por el coro de voces entusiasmadas de las chicas cuando la identificaron.

—*¿It's raining men?* —preguntó Chloe—. ¿En serio?

Chloe casi gritó de dolor cuando Sienna le clavó las uñas en el brazo al ver que unos bailarines aparecían en mitad del escenario. Chloe supo enseguida a qué se dedicaban porque..., bueno, su atuendo los delataba. Eran seis chicos, todos guapísimos y muscudos, enfundados en unos ajustados uniformes de camarero consistentes en unos pantalones oscuros, chaquetilla blanca, pajarita... y nada más.

Chloe puso los ojos en blanco al contemplar la mítica escena y no pudo evitar sonreír al pensar que la fiesta de despedida de soltera de Sienna estaba cumpliendo con todos los clichés. Pero al localizar a su amiga, Chloe la vio completamente entregada al espectáculo. Decidió entonces echar la cremallera a sus labios. No le estropearía aquel momento aunque ella misma sintiera ganas de vomitar, metafóricamente hablando, claro: los chicos estaban para comérselos.

Un humo artificial empezó a llenar el suelo del escenario y los bailarines comenzaron a deslizarse por la pista con sensuales con-toneos. No cabía duda de que estaban completamente entregados a su público, al que lanzaban una serie de miradas provocativas que despertaban el deseo en el entusiasmado corrillo. Sus amigas alzaban los brazos y gritaban cada vez que alguno de ellos se acercaba al borde del escenario, ansiosas por tocar aunque solo fuera un pelo de su... Chloe no se atrevía a terminar esa frase.

Para ser justas con ellos, en su favor tenía que decir que se movían con estilo, perfectamente coordinados y sin un ápice de pudor cuando, en un suntuoso giro, se deshicieron de las chaque-

tas para mostrar sus perfectos torsos musculados. Chloe volvió a poner los ojos en blanco. ¡Era todo tan obvio...! Sin embargo, cuando dirigió la vista hacia abajo, sus ojos se toparon con la banda que cruzaba su torso. No podía seguir comportándose como una monja que juzgaba a sus amigas. Aquella noche era para reírse y disfrutar.

—¡Madre mía! —gritó Vera, exaltada, a su lado—. ¡Están todos buenísimooooos!

—¡Por el de en medio me dejaría hacer de todo! —exclamó una cada vez más enardecida Rachel.

Chloe no pudo evitar preocuparse por ella. ¿Era bueno que una embarazada que se encontraba en el tercer trimestre se excitara de aquella manera? Porque una cosa estaba clara: esos tíos sabían hacer muy bien su trabajo. ¡Hasta ella misma estaba empezando a acalorarse! ¡Menuda forma de balancear las caderas!

Al llegar el punto álgido de la canción, los chicos se deslizaron de rodillas por la pista, y cuando Geri Halliwell explotó en su canto, ellos realizaron otro tanto... arrancándose los pantalones con un ágil y rápido tirón.

Sus amigas gritaron como descosidas al ver los minúsculos calzoncillos que llevaban. Rachel extendió un brazo cuando uno de ellos se le acercó. Chloe no pudo reprimir la sonrisa que se formó en sus labios cuando vio que el bailarín central, el que parecía guiar al resto, tomaba la mano de Rachel, se la besaba y después le guiñaba un ojo antes de volver a bailar meciendo las caderas de una forma que Chloe no había visto jamás en su vida.

¿Podía un hombre con ese cuerpo moverse de aquella manera? Debía reconocer que el chico estaba muy pero que muy bien; tenía unos abdominales marcados, unos muslos prietos y fuertes y unos brazos entre los que la totalidad de la multitud pagaría por perderse. Por no hablar de su cara... Era tan atractivo que debería ser delito. Lucía el pelo corto, una sombra de barba no demasiado oscura ocultaba sus mejillas y aunque a aquella distancia no lograba adivinar el color de sus ojos, sí podía afirmar que su sonrisa era absolutamente perfecta, deslumbrante.

—¡Menudo repaso le estás dando! —le dijo Sienna al oído, en voz muy alta—. ¡Esa es mi chica!

A Chloe le molestó un poco que su amiga se hubiera dado cuenta de que se lo estaba comiendo con la mirada. Por Dios. ¡Eso era exactamente lo que había estado haciendo! No se reconocía a sí misma, pero supuso que eso era algo bueno.

Al final del espectáculo, cuando Chloe volvió a atreverse a alzar la vista, sus miradas se cruzaron, y el bailarín tuvo el descaro de guiñarle un ojo.

—¡Estás cañóón! —gritó una de sus desesperadas amigas.

El vaivén de los chicos por el escenario los acercaba cada vez más a su entregado público. El ritmo de la canción se aceleraba por segundos, pero no por ello los movimientos del grupo dejaban de ser menos sensuales. Llegó un momento en el que los ojos de Chloe se abrieron con desmesura al ser testigo de cómo el mismo chico que antes la había hecho ruborizarse mecía ahora las caderas de atrás adelante, en un vaivén muy parecido al que se agitaría su cuerpo si estuviera...

—¡Por Dios! —exclamó. A pesar de que sentía deseos de apartar la vista, había algo hipnótico en la forma de menearse que tenía el bailarín—. Es como si... Como si...

—Como si se estuviera follando el aire —terminó Sienna por ella—. Créeme, cielo: todas pensamos lo mismo.

Las dos amigas estallaron en una ruidosa carcajada.

Cuando fueron capaces de volver a concentrarse en lo que sucedía en la pista, Chloe se mordió el interior de una mejilla mientras fingía no darse cuenta de cómo el pecho del bailarín subía y bajaba a toda prisa con cada inspiración acelerada ni de cómo se balanceaba la cadena que llevaba al cuello, de la que colgaba una... ¿Era aquello una mariposa rosa?

Tras recibir una incontable cantidad de vítores, aplausos y piropos subidos de tono, los chicos se retiraron al fondo del escenario, para que el cabecilla del grupo tomara el micrófono que un camarero —uno de verdad— le ofrecía.

—Es un placer —comenzó a decir entre jadeos la misma voz ronca y sensual que se había presentado al principio. Chloe sintió que la carne se le ponía de gallina. ¡Menuda tontería! Un coro de exclamaciones consiguió que el chico se interrumpiera varias veces—. Es un placer para nosotros estar aquí esta noche —con-

tinuó—. Señoritas, ¡permítanme que les presente a los Dallas Boys!

Más gritos, más aullidos seguidos de un «¡Hazme otro hijo!» por parte de Rachel provocaron una enorme sonrisa en el rostro del bailarín. «Madre mía, ¡qué sonrisa!», pensó Chloe. Era de esas que provocaba que los ojos se le entrecerraran y que una serie de pequeñas arruguitas aparecieran a su alrededor; una de esas que hacen parecer tímido y travieso a su dueño, de esas que enseñan unos colmillos ligeramente puntiagudos y una dentadura perfecta que logran que se te encoja el corazón.

—Y ahora... —prosiguió el adonis sin perder la sonrisa— ¿dónde está mi novia?

Poseída por no sabía qué espíritu, Sienna levantó los brazos rápidamente sacudiéndolos en el aire para llamar su atención, y accedió sin rechistar a que dos pares de duros y torneados bíceps de los bailarines la subieran al escenario.

Chloe soltó una carcajada al ver cómo su amiga se lanzaba en plancha contra los chicos y los abrazaba mientras les daba las gracias una y otra vez.

—¿Queda algo para mí?

El tipo del micrófono sabía muy bien lo que decía. Con esa sonrisa torcida de chico malo se aseguraba de que la exaltada novia se colgara de su cuello utilizando brazos y piernas.

—Así me gusta —murmuró, con los labios pegados al micro, como si lo estuviera besando. ¿Es que no se paraba a pensar dónde había estado antes ese cacharro?—. ¿Cuál es tu nombre, novia a la fuga?

A su lado, Rachel gritó desatada.

—¡Sienna! —clamó.

El chico la depositó en el suelo; luego utilizó la mano libre para acariciar la mejilla de Sienna con el dorso de los dedos.

—Bien, Sienna —susurró con su voz de terciopelo—. Ya sabes que no nos gusta dejar insatisfechas a las clientas. ¿Preparada para recibir más?

Y sin necesidad de añadir nada, el mítico y sensual tema principal de la película *Moulin Rouge*, *Lady Marmalade*, comenzó a sonar. De repente, Sienna se vio sentada en una silla de color negro mientras la rodeaba media docena de tíos macizos que bailaban solo para ella.

—¡Esto es la leche! —exclamó, entusiasmada.

Chloe se quedó sin habla cuando vio a su amiga deslizando las manos por los muslos desnudos de su bailarín.

Un momento, ¿desde cuándo era *su* bailarín? Ella jamás había reclamado a otro ser humano como suyo. Ni siquiera lo hizo con Mike durante los años que duró su noviazgo. ¡No iba a empezar ahora, y menos con un tío bueno al que ni siquiera conocía!

Al comprobar que el tipo no apartaba las manos de Sienna de su cuerpo, le preguntó espantada a Vera:

—¿Son *strippers*?

Su amiga aplaudía y coreaba a los muchachos, que se restregaban contra el cuerpo de Sienna.

—¿Y lo preguntas ahora? Cariño, ¿qué es una despedida de soltera sin unos *strippers*?

Chloe no salía de su asombro.

—No me contasteis nada —protestó—. ¿Por qué yo no lo sabía?

—Porque sabíamos que no lo aprobarías —confesó Vera, elevando el tono de voz por encima de la música y los gritos—. Todas las demás estuvimos de acuerdo y... ¡mira a Sienna! ¡Está feliz!

Mientras su mejor amiga disfrutaba de lo lindo en el escenario siendo adorada por seis tíos buenos casi desnudos, Chloe no podía sacarse de la cabeza las palabras de Vera. ¿Tan aburrida se había vuelto? Le daba la sensación de que sus amigas la habían invitado por una cuestión de mero compromiso. Y no las culpaba.

Sin pretenderlo, Chloe se había convertido en la típica aguafiestas que nadie quería a su lado. ¿Cuándo había sucedido? Todavía era joven, tenía un trabajo y toda la vida por delante. Podía ser que estuviera soltera y que un desengaño del pasado la hubiera dejado tocada, pero aquello no era excusa para comportarse del modo que lo estaba haciendo. Sienna estaba en lo cierto: era momento de soltarse la melena y empezar a cambiar.

En el momento en que Christina Aguilera cantaba la frase *Vous-  
lez vous coucher avec moi*, se escucharon varias voces chillonas al unísono que parecían decir prácticamente lo mismo.

—¡Claro que quiero acostarme contigo, guapo! —gritaba una.

—Si se entera mi marido me mata, pero ¡qué narices! ¡Queremos ver cómo os movéis! —exclamaba otra.

Al verse envuelta entre aquel grupo de mujeres desenfrenadas a las que tanto quería, Chloe se hizo una promesa a sí misma: iba a intentar ser como ellas y volver a dejar paso a la antigua Chloe.

—¿Llevas encima algún billete?

Chloe se giró para mirar a Vera, porque no creía haberla entendido bien.

—¿Un billete? ¿Te refieres a dólares?

—Cinco pavos serán suficientes.

Desconcertada, Chloe parpadeó varias veces para apartar el gesto de sorpresa de su rostro.

—Creo que tengo algo en el bolso. ¿Para qué los quieres?

Y entonces lo vio.

Brazos alzados agitando un puñado de billetes y luchando por introducirlos dentro de los calzoncillos de los bailarines.

—Ay, Dios... —suspiró Chloe.

Miró a su alrededor, buscando a algún camarero al que pedir una copa. Necesitaba algo fuerte que la ayudara a sobrellevar la situación, porque la noche prometía ser muy, muy larga...